

LETRAS

letrillas

LETRONES

SEMBLANZA

José Medina Echavarría

Hace más de sesenta años, por primera vez supe de mi maestro José Medina Echavarría, cuando en la clase de historia de las doctrinas económicas, en el primer año de la Facultad de Derecho de la Universidad de Guadalajara, el profesor nos leyó un folleto que invitaba al Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, que estaba por establecerse. Donaciano González Gómez y yo nos interesamos en esa invitación, y nos citaron una mañana a una entrevista en la Biblioteca Pública de Jalisco. Muy puntuales, esperamos a Medina Echavarría, quien nos preguntó por qué queríamos estudiar en el Centro de Estudios Sociales, y le pidió al director de la biblioteca, José Cornejo Franco, un libro en inglés y otro en francés, que nos hizo traducir. Ambos salimos bien librados de esta

entrevista, y una semana después nos avisaron que debíamos presentarnos en Pánuco 63, Colonia Cuauhtémoc.

Iniciamos con un excelente elenco de profesores, casi todos españoles y mexicanos: José Medina Echavarría, director; Manuel Bravo Jiménez (estadística), Mario de la Cueva (ciencia política), Miguel Gleason Álvarez (estadística), Vicente Herrero (ciencia política), Gilberto Loyo (problemas sociales), Manuel Martínez Báez (problemas sociales), Manuel Mesa (problemas sociales), Alfred Métraux (antropología), Manuel Pedroso (ciencia política) y Víctor L. Urquidi (economía). Posteriormente fueron profesores Agustín Yáñez (literatura iberoamericana), José Gaos (filosofía), Leopoldo Zea (filosofía), Daniel Cosío Villegas (problemas sociales), Josué Sáenz (economía), Antonio Martínez Báez (ciencia política), José Miranda (historia), y Arturo Arnáiz y Freg (historia). Tanto Medina Echavarría como Urquidi fueron nuestros maestros

los tres años que duró este Centro.

Los alumnos fuimos J. Jesús Domínguez, Dolores González Díaz Lombardo, Donaciano González Gómez, Moisés González Navarro, Héctor Hernández, Lucila Leal Carrillo, Stela Leal Carrillo, Baudelio López Sardañeta, Carlos Medina Martínez, José Montes de Oca, Ricardo Moreno Delgado, Carlos Muñoz Linares, Juan Francisco Noyola Vázquez, Rodolfo Sandoval, Catalina Sierra de Peimbert, Rafael Urrutia Millán y Enrique Vilar Munch. Nueve éramos provincianos, seis capitalinos y dos españoles. Sólo nos graduamos Catita y yo. A tres nos permitieron proseguir nuestros estudios jurídicos, dos ya eran abogados, dos sólo estudiaron en el Centro de Estudios Sociales, y el resto eran economistas. Estos últimos sobresalieron en altos cargos como funcionarios públicos. Alguna vez le oí a mi maestro Medina Echavarría que tal vez el error, en la medida en que lo haya habido, se debía a que el Centro se planeó para graduados y, por tanto, resultó superior a nuestras fuerzas. Además, no éramos estudiantes de tiempo completo.

Medina Echavarría había publicado, antes de fundar este Centro, *Panorama de la sociología contemporánea*, México, Casa de España en México, 1940; *Responsabilidad de la inteligencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, que se reeditó en 1987 y en 1999, y *Sociología, teoría y técnica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941. De este libro se hizo una segunda edición en 1946 y una tercera en 1982. En 1945, Medina Echavarría publicó *Consideraciones sobre el tema de la paz*, producto de una investigación que auspició el Banco de México.

En su carácter de director del Centro de Estudios Sociales, Medina Echavarría organizó un Seminario Colectivo sobre la Guerra, que se celebró quince-nalmente a partir del 3 de agosto de 1943. Inició este seminario con la presentación general de los problemas de la guerra. Prosiguieron el general Tomás Sánchez Hernández, Manuel J. Sierra y Jorge A. Vivó; Gilberto Loyo y

Manuel Chavarría; Antonio Caso, Vicente Herrero, Josué Sáenz y Manuel Pedroso. Este seminario concluyó con tres sesiones el 30 de noviembre, 7 y 21 de diciembre, sobre las “Características y consecuencias de la guerra actual”.

A partir del 30 de marzo de 1944, se celebró un seminario sobre América Latina, en el que participaron Raúl Prebisch, José Gaos, Renato de Mendonça, Agustín Yáñez, José E. Iturriaga, Javier Márquez, Gonzalo Robles, Vicente Herrero; Alfonso Reyes, Alfonso Caso, Manuel F. Chavarría, Alfredo Pareja Díez-Canseco, Mariano Picón-Salas, José Antonio Portuondo, Luis Alberto Sánchez, José Vasconcelos, Jorge A. Vivó, Joaquín Xirau y Antonio Castro Leal.

Producto de estos seminarios fue la publicación de *Jornadas* como órgano permanente del Centro de Estudios Sociales de El Colegio, no ya sólo como informador de actividades circunstanciales. No desdeñaría el pensamiento social teórico actual, “cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda”. Se intentaría fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura, “y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino” (*Jornadas* 20, pp. 3-6).

El año de 1944 es tal vez el más fecundo y valioso de Medina Echavarría en México. En efecto, ese año dirigió la traducción de *Economía y sociedad* de Max Weber. Personalmente tradujo el tomo primero y escribió la nota preliminar en la que destacó la actualidad de los escritos weberianos, de acuerdo con las palabras de Jaspers: “Como filósofo es político, y como político, investigador.” Medina Echavarría aplica su concepto de la “ética de responsabilidad” en su libro *Responsabilidad de la inteligencia*. Allí resalta el tema más conocido de las investigaciones weberianas,

“la formación y peculiaridad de ‘nuestro’ capitalismo”. En fin, “veía con justeza que la sociología es un término y no un principio de la ciencia social, y que para llegar a ella se requería de una experiencia considerable en otros campos de las ciencias sociales particulares” (*Economía y sociedad*, I, pp. X-XIII).

El Centro de Estudios Sociales fue weberiano en sociología, se inspiró en Laski en ciencia política y en Keynes en economía.

Medina Echavarría se fue de México a Puerto Rico después de dirigir el Centro de Estudios Sociales, pero a principios de 1953 publicó, en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, *Presentaciones y planteos / Papeles de sociología*. De Puerto Rico emigró a Chile; en 1970 publicó *Filosofía, educación y desarrollo*, en México, en Siglo XXI, y en España se publicó *La sociología como ciencia social concreta*, diez años después, en Madrid. Éstos son los libros que yo he estudiado.

En sus dos últimos libros resalta la madurez de Medina Echavarría, al que siendo estudiante le oí decir que era un simple expositor de Max Weber. En estos dos libros es un sociólogo dueño de su teoría y de su técnica, para decirlo con el subtítulo de su *Sociología*. Cada vez lamento más que México no haya aprovechado al Medina Echavarría profesor (lo fue también en la Facultad de Derecho de la UNAM, donde no fue tan popular como Luis Recasens Siches), pero como conferencista, como traductor y como investigador abrió, a la alemana y a la inglesa (posterior a Spencer), la sociología mexicana, que estaba anclada en la sociología francesa brillantemente expuesta por Antonio Caso. —

— MOISÉS GONZÁLEZ NAVARRO

NOSTALGIA

Endecha por el vocho

No quiero parecer fanático o supremacista, ni ofender a nadie, pero tengo que decir que aquel habitante del DF que nunca ha tenido un Volkswagen Beetle, o cercano pa-

riente o amante propietario de uno de esos coches, de alguna muy banal pero profunda manera no puede considerarse un chilango 100% auténtico.

Desde los años sesenta el vochito, como tiernamente lo apodamos con característica ternura náhuatl, es tan Con-Sus-Tan-Cial a la ciudad de México como el Zócalo, Chapultepec o —no quiero alargar la lista— los tacos al pastor que en aquella misma década nos llegaron de Grecia y su pan para recostarse en la tortilla, abrazados con las rebanadas de piña. Alemán inveterado, resistente como un pánzer, el célebre escarabajo de la VW se convirtió, lenta pero implacablemente, en la insignia de la ciudad capital.

¿Qué es lo primero que ve el viajero cuando llega de noche al DF? La sobrecogedora extensión de incontables luces parpadeantes. ¿Y lo segundo? De noche y de día, los torrentes de vochos que surcan las venas de las calles cual millones de glóbulos blancos y rojos y de otros colores, pero particularmente de color verde. Pues cuando imaginamos un taxi ¿qué vemos? Un *vóchitl* verde —me permito este neologismo— en el que viajamos agarrados de la manija mientras sostenemos una casi íntima (en todo caso cercana) conversación con el o la chofer.

Por cierto, ¿por qué se les llama vochos, vochiux, etcétera? Yo tengo mi teoría: que el apodo deriva de la palabra con que en Francia se designa al alemán, *boche*, y que en español también se utilizaba a veces en la era en que el auto del pueblo germano se empezó a importar aquí, antes de convertirse su fábrica en emblema de la ciudad de Puebla, a la par del mole y los azulejos.

Poco a poco, otros autos inmóviles y primitivos fueron desapareciendo en carreteras y luego en calles: el Morris Oxford, el Fiat 600, el Opel Rekord (un vecino conserva impecable el suyo), el Citroën 2CV como el del papá de Mafalda. El vocho, en cambio, resistente como caballo de cuento de Chéjov, campeaba por sus fueros en toda Europa y toda América y el norte de África, llegando a la gasolinera mucho después



Del vocho como textura de una ciudad.

de que se agotara la última gota del tanque y llenando de confianza y contento lo mismo a los pobres que a los pedantes, a las mamás que a los estudiantes, a los profesionistas que a los taxistas, para no hablar de los biólogos y los sociólogos, los filósofos y los agentes de ventas: el auto universal.

Cuando la Volkswagen tuvo el descaro de ponerle *Beetle* al actual modelo hiperesnob de esa marca, muchos lo sentimos como lo que los clásicos llamaban una puñalada trapera. *Beetle* había uno solo, como Beatles sólo cuatro. (Y que no me digan que la portada de *Abbey Road* sería tan mítica sin el vocho blanco placas LWV 281F que aparece del lado izquierdo.)

Mientras escribo estas líneas se me nublan las lágrimas, se me saltan los ojos y se me galopan los recuerdos de los colores precisos de tantos vochos de gente querida en Londres, en París, en Lima, en San Francisco y, sobre todo, aquí en el DF. (“*Endecha*. Canción melancólica en que el poeta se lamenta de algo”, define María Moliner en su *Diccionario*.)

Y desde luego recuerdo a mi querido Batata, llamado así porque sus placas se iniciaban con las letras BTT, y que fue mi primer coche, y me duró casi diez años más que los tres que ya tenía, y que me seguí encontrando porque se lo vendí a un amigo, y que se fue quedando calvo porque le cayó un árbol

encima y cuando le reconstruyeron el techo le pusieron una sola capa de pintura.

Cualquier chilango auténtico recordará su(s) propio(s) Batata(s), coches tan Auto-Móviles que parecían dirigirse solos al establo; tan sensibles y sencillos que reaccionaban cuando les suplicabas que no te dejaran tirado (“¡Por favor no me hagas esto!”); o que respondían cuando les manipulabas las espreas del carburador; o que incluso no tomaban a mal una patada bien puesta (como los jamelgos de Chéjov bajo el látigo) y se echaban a andar, con una discreta tos en el tubo de escape, que se movía como cola de perro agradecido.

Siguiendo con la nostalgia, ¿cómo olvidar esas cajuelas que no se podían abrir porque al menor golpe con la defensa trasera de un coche gringo se trababan?, ¿o los candados con cadena recubierta de hule con que les reforzábamos el cierre? Y ¿quién no recuerda las bolsas de plástico de súper colocadas en las ventilas del lado izquierdo del motor no con un fin estético, desde luego, sino para impedir que la tremenda temporada de lluvias dañara la bobina y los platinos?

Dejo para el final de esta retahíla un rasgo muy singular de los vochos. Cuando se tronaba el chicote del acelerador, no te preocupabas ni tantito. Cogías uno de los palitos de paleta que guardabas en la guantera, abrías el

motor y colocabas ese adminículo —véase la definición de Moliner— en la especie de martillo del acelerador, en un ángulo tan suficiente y exacto que el palito no fuera a quebrarse y el auto se mantuviera en una aceleración constante de unos 20 km/h, con lo que podías fugarte del Periférico o —si eras una persona muy paciente— incluso llegar a casa.

Volvamos al presente. La decisión de la Bolsbagen de descontinuar la inmortalidad del escarabajo es un golpe tan rudo como inesperado para una historia de amor dichoso entre una gran ciudad y un carrito, y un atentado a la identidad misma de la capital mexicana.

Un DF sin vochiux es inimaginable.

¿No podría la empresa mantener por unos años más —unos quince, digamos; para que nos fuéramos acostumbrando— la producción del último de los automóviles de las épocas en que cada coche tenía carácter propio y no se parecía a ninguno de los demás? —

— HÉCTOR MANJARREZ

VIDAS PÚBLICAS

El biógrafo como conspirador

La política ya no existe y lo que la ha sobrevivido es un sistema de guiños y modales, una carambola de efectos tan huecos como la retórica de sus representantes. En ese imperio del gesto y el detalle, el patético poder de los políticos no se construye tras generar alianzas y tomar decisiones, sino en la habilidad para sostener una imagen atractiva ante los medios de comunicación, los votantes y el mundo empresarial. Esa imagen, casi está de más decirlo, no se crea con ideas ni mucho menos, sino a través de ficciones personales o íntimas que dibujan la vida y carácter del gobernante con el color soñado por el público al que pretende dirigirse. “El Estado narra, cuando se ejerce el poder político se está siempre imponiendo una manera de contar la realidad”, apunta Ricardo Piglia en *Crítica y ficción*. El mayor de esos relatos que cuenta el Estado consiste en narrar

la épica de sus protagonistas a partir de un anecdótico trivial, vacío y frívolo, pero útil para mostrar el presunto lado humano de una política cuyo centro, por lo general, tiene poco y nada de humano. O, mejor dicho, donde late lo peor de lo Humano: la ambición desenfrenada, la acumulación de poder personal, la permanente necesidad de adulación.

La polémica desatada por la aparición simultánea de *Marta*, de Rafael Loret de Mola, y *La jefa*, de Olga Wornat, no se apoya en la veracidad de los contenidos de los libros, ni en el derecho periodístico a investigar una vida pública, sino en la herida abierta por la vulnerabilidad de esa imagen creada por el Estado para contar la realidad. Ante el espejo-púlpito de los medios de comunicación, los políticos se maquillan y ofrecen el relato de una vida personal que se difunde sin obstáculos. Así considerados, los medios sólo deben servir a los deseos e intenciones de ese simulacro oficial. Pero si el movimiento se invierte, si desde la autonomía del periodismo surge alguien que se propone buscar los pormenores de la vida oculta tras la imagen, el Estado y la clase política cierran filas y argumentan que la vida privada no debería ser objeto de miradas públicas. Sin embargo, la imagen de esa misma vida privada aparece una y otra vez en los diarios como una saga que ya envidiarían los guionistas de las telenovelas, quienes seguramente pagarían por presentar un culebrón que incluya bodas presidenciales, arduos debates sobre los hijos extramatrimoniales y la incierta modernidad de una mujer que pasa de vocera a Primera Dama delante de cien millones de personas. Cuando los medios están dispuestos a repetir lo que los políticos quieren que se sepa de sí mismos, el Estado apadrina esa versión de la vida privada. Pero si ese relato es producto de un trabajo independiente, se trata de un ataque ilegítimo, una intromisión, un golpe bajo.

Quizás el principal modelo narrativo del Estado sea la conspiración. Si los años pasan y el nivel de vida y educa-

ción no mejora, es porque alguien le pone el freno a los cambios. Si un par de periodistas tratan de indagar quién es realmente una de las mayores figuras públicas del país, es porque algo se traen. Investigar la vida es atentar contra la imagen, quizás el único activo de los políticos en una época que no parece privilegiar las ideas, ni la lealtad, ni los programas. “El límite de lo real ya no lo marca la utopía, sino la amenaza”, concluye Piglia. La peor amenaza de estos tiempos es la que no se conforma con asumir y digerir una imagen. El mayor recelo del poder fue y es la desnudez. Para el Estado, el biógrafo no sólo tiene algo de conspirador: es, sobre todo, un pornógrafo.

Por Olivier Todd se sabe que André Malraux no era el hombre de acción que la épica de la Resistencia francesa quiso exhibir. A través de Ryszard Kapuscinski se conocieron de primera mano las ambigüedades y desmesuras del Sha Mohammed Reza Pahlevi. Fuera de los hombres de poder, Howard Sounes descifra la enigmática existencia de Bob Dylan en todos sus vericuetos, y Anthony Burgess, Richard Noll y Carl Guthke han conseguido mostrar la maravillosa complejidad de Ernest Hemingway, Carl Jung y B. Traven de una manera que ellos mismos jamás pudieron hacerlo. Toda proporción guardada, los esfuerzos de Wornat y Loret de Mola avanzan en la misma dirección, y el malestar y victimismo demostrado por la clase política ante estos libros no sólo ponen en evidencia la inquietante susceptibilidad del poder, sino también su hipocresía con respecto a sus propias estrategias de construcción de la creencia. Si la democracia es una trama de relatos, no parece un buen signo que el Estado se alarme por la aparición de historias alternativas a las que pone a circular desde los medios de comunicación. Claro que esos relatos expresan y representan relaciones de fuerza, y tienen un cierto impacto social. Pero qué frívola resulta la época que convierte al biógrafo en un agente político, como si en el choque entre la vida y la imagen se jugaran las auténticas relaciones de

fuerza y no quedara nada más interesante por lo que discutir y luchar. —

— LEONARDO TARIFEÑO

FUTBOL

El equipo imposible

*Hala Madrid, bala Madrid,
campo de estrellas donde crecí.
Hala Madrid, juegas en verso,
que sepa el universo
cómo juega el Madrid.*

— Fragmento del Himno
del Centenario del Real Madrid

Una mañana de verano, tomando café en Seúl, le escuché decir a César Luis Menotti, auténtico Quijote de las canchas, que la gran diferencia entre el Santos de Pelé y el Real Madrid de Di Stéfano, los dos equipos que gobernaron el mundo a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, estribaba en la desidia tropical del primero y la cautelosa administración del segundo. El club de Don Santiago Bernabéu tuvo la visión de *fundir* con humildad las copas que ganó y erigir, con pilares de hierro, una organización capaz de sobrevivir la temporalidad de sus éxitos. Mientras tanto, el Peixe brasileño se bebió con aire de carnaval los cálices de la victoria que Pelé llevaba cada año a sus vitrinas, hasta que un día se encontró pobre, agotado y con *O Rei* trabajando de ídolo por su cuenta, fuera de las canchas.

Aquel Real Madrid, que sabía seguir el pulso de las épocas, ha desaparecido. El Madrid actual, que tiene mucho más de ambicioso que de prudente, preocupa. El equipo blanco se ha convertido en un escaparate. Después de recoger estrellas durante los últimos años, el Madrid ha adquirido lo único que le faltaba: el primer *popballer* de la historia. El inglés David Beckham combina el *glamour* de un icono pop con el atractivo de un rostro hollywoodense: tiene, al mismo tiempo, una mujer famosa y arrogante, todo el dinero imaginable y la mejor pierna derecha del fútbol europeo. La llegada a Madrid del chico

londinense supone la conquista de los últimos territorios que le faltaban a la *galaxia blanca*. Con “Becks” a bordo, la nave de los utópicos ya no tiene fronteras inalcanzables.

Los brasileños Ronaldo y Roberto Carlos son los reyes de Sudamérica; el portugués Figo es el “Judas” del barcelonismo y el capricho más caro del Madrid; la elegancia del galo Zidane capta el interés en Francia y África, y Raúl es el modelo aspiracional para la mayoría de los jóvenes españoles. Mientras tanto, en el Reino Unido y en Asia, la Beckhammanía gobierna las mentes y los peinados de los adolescentes. Nadie se compara al *Spice Boy* cuando se habla de proyección mediática y fuerza comercial. Las televisoras reproducen su imagen de *sex symbol* en los cinco continentes. Estados Unidos no tardará en caer a los pies del rey David: MTV ya empieza a invitarlo, con diamantes en el cuello y esposa en mano, a pasearse por la alfombra roja. De la mano del rubio inglés, el Real Madrid será un fenómeno mundial: una genuina sábana blanca.

Aunque asegura que su “única habilidad es ser normal”, Florentino Pérez, el presidente madridista, ha demostrado ser un fino catador de las nuevas reglas del mercado. Apelar a la fantasía de las masas es una fuente de inmenso poder, por eso el Real Madrid se recrea permanentemente a cualquier precio, realizando maniobras de seducción que hacen blanco directo en el corazón de la opinión pública. Desde que Pérez ganó las elecciones en julio del 2000, el equipo madridista ha mantenido su política de fichar una figura planetaria por campaña: ha invertido 266 millones de dólares en las contrataciones de Figo, Zidane y Ronaldo. Desde el punto de vista deportivo, el Madrid necesitaba zagueros, pero “los defensas no venden ni una escoba”, según dice Florentino, quien en una tarde puso fin a la era del capitán Fernando Hierro.

Con la contratación de “Becks”, el Madrid asesta un golpe incontestable a sus adversarios.

Por eso, Florentino no se preocupa



“Becks”, futbolista, maniquí e inversión del Real Madrid.

por el costo de la nómina salarial del Real Madrid, que en el 2001-02 fue la más alta del fútbol mundial. Al contrario. El presidente blanco califica a su colección de ídolos como “extraordinariamente rentables”. Ronaldo le genera al club unos doce millones de dólares por año, producto de la renegociación de convenios con empresas que ahora pagan un precio más alto por mantener su relación con la destellante organización merengue. Sólo la empresa Siemens Mobile le aporta quince millones de dólares anuales por el anuncio en la camiseta, lo que convierte la casaca blanca en la tercera más cara detrás del Bayern Munich (T-Mobile) y Juventus (Fastweb/Tamoil).

En Japón, la camisa más vendida después de la azul de la selección nipona es la que lleva impreso el nombre de “Beckham”, también nombrado por la Reina Isabel II como *Caballero del Imperio Británico*. El día que se presentó con el

Madrid, la tienda oficial del club, “Área Real Madrid”, agotó en una hora el surtido de doscientas prendas a razón de noventa dólares por unidad. Era apenas el comienzo de los ciento treinta millones de dólares que esperan recaudar en los próximos tres años sólo por ese concepto.

Para redondear el hechizo global, Adidas y Florentino acordaron que David llevara el “23”, número con aura de imbatibilidad que universalizara Michael Jordan, icono de la competidora estadounidense Nike. Estaba también disponible el “4”, pero en gran parte de Asia ese dígito es considerado de mal agüero y eso sobrecogería a los compradores de su gran mercado. Con la efígie de Beckham haciendo trucos con la pelota ante sus nuevos feligreses, quedaba preparado el conjuro con el que el que la tribu de los “merengues” desafiaría a sus rivales: *star power* absoluto.

El Real Madrid se ha propuesto crear un verdadero reino postmoderno en el que nunca se ponga el sol: reinventa al Titanic en pleno césped peninsular. Jorge Valdano, director general del equipo, se ha encargado de urdir el proyecto con la misma sustancia inasible con la que se tejen los sueños. Todo está en la ilusión de ver al once ideal, la alineación simplemente *perfecta* sobre la cancha. El problema está en tratar de recordarles, a los que pierden la cabeza entre las cifras que arroja el fenómeno, que la auténtica fuerza de la escuadra imposible no es la mercadotecnia, sino la magia deportiva de esta especie de semidioses paganos que habitan el vestidor de la Casa Blanca.

Se trata de una escuadra de fantasía que parece sacada de un cómic de superhéroes: un terremoto (Ronaldo), un torbellino (Roberto Carlos), un mago (Zidane), un escapista (Figo) un intimidador (Raúl) y un artista pop (Beckham). Hoy los Globetrotters visten de blanco, vienen de todas partes menos de Harlem, y conforman un equipo irresistible para la imaginación

y la geografía. Pero el peligro está ahí, como en cualquier ejercicio impulsado por los resortes de la megalomanía. Como evocaba el Adriano de Yourcenar, el triunfo es el momento de mayor riesgo para el hombre. El equipo deberá cuidarse de ser atropellado por la fama, que en España resulta un animal voraz; o peor aún, del riesgo de ser devorado por las bestias que despiertan atraídas por los tufo de la ostentación, esos que desde hace tiempo flotan por el coloso de La Castellana. —

— ANTONIO ROSIQUE

BEST SELLERS

Arte de magia

A las diez y media de la noche, la librería está a reventar. Niños y niñas en pijamas o con los disfraces de sus personajes favoritos deambulan en apretadas filas entre los estantes. Frente a la puerta, un par de adolescentes con sombreros de bruja ofrecen a los recién llegados vasos a medio llenar de una bebida amarilla, que juega a ser mítica *butterbeer*, pero que es en realidad una mezcla indescifrable de jugos de fruta. Antes de entrar, cada niño saca un papelito de un sombrero (*the sorting hat*) que determina a cuál de las cofradías de estudiantes de la Escuela de Magia y Brujería de Hogwarts será asignado: Gryffindor, Hufflepuff, Ravenclaw o la odiada Slytherin. Si no les gusta la que les toca hacen trampa y se vuelven a formar. Al fondo de la librería, una señora vestida de toga blanca bombardea al grueso de la concurrencia infantil con una apretada batería de preguntas de trivia: ¿De qué sabor es el dulce que se come Dumbledore al final del primer libro? (Cerilla de orejas.) ¿Qué equipo gana la copa mundial de Quidditch? (Irlanda.) ¿De qué andén sale el tren a Hogwarts? (Nueve tres cuartos.) Las respuestas son precisas, inmediatas e invariablemente correctas. Los padres de familia constatan la sabiduría de sus pequeños con sonrisas bobaliconas. Todo sacrificio es poco a cambio del entusiasmo

manifiesto de sus hijos.

Los empleados no se muestran tan convencidos. Sus disfraces lucen arretrados y torpes. A las once y cuarto una voz en el sistema de sonido anuncia que ya se vendió la totalidad de los libros y sugiere que quienes no sean felices propietarios de una contraseña pasen a retirarse por el bien de todos. Se comienza a formar una cola, que en unos instantes serpentea de un extremo al otro por los pasillos de la librería. Los minutos transcurren sin encantamientos. Cuando están a punto de dar las doce, la concurrencia entera corea los últimos segundos a voz en cuello. La fila comienza a moverse. La excitación de muchos niños es incontenible. Brincan sin moverse de sus lugares como si se encontraran en una clase de aerobics. Llegamos al mostrador y cambiamos nuestros vales por un pesado tabique de pasta azul. Lo único sobrenatural de la velada, mágico si se quiere, es que tantos menores de edad en todo el mundo estén ansiosos por leer un libro de 870 páginas.

A estas alturas, todos estamos al tanto de las cifras: *La Orden del Fénix*, el quinto título de la serie *Harry Potter*, vendió en Estados Unidos cinco millones de ejemplares en veinticuatro horas. Estos se suman a los doscientos millones vendidos de sus cuatro predecesores, que han sido traducidos a 55 lenguas. Según los enterados, sólo la Biblia y las obras de Shakespeare superan dichas cantidades en la historia de la palabra escrita. Un tabloide londinense calcula que su autora, J.K. Rowling, es más rica que la reina de Inglaterra. La edición en inglés de la *Orden del Fénix* encabeza las listas de los libros más vendidos en Francia. La semana de su lanzamiento, la revista *Time* le dedicó su artículo de portada, consagrándolo, en los hechos, como el suceso más importante del momento. Nadie recuerda que obra alguna haya tenido jamás un impacto semejante, ni siquiera en las épocas ya remotas en que los libros tenían alguna importancia. Como es natural, éxito tan desmedido sólo ha servido para arraigar en las mentes ilustradas la sólida certidumbre de



J. K. Rowling, la mano que mueve la saga.

que se trata de un fraude.

No resulta difícil, sin embargo, dilucidar el atractivo de Harry Potter para la mente infantil (y la no tanto). Descubrir un día que no somos gente cualquiera, sino miembros hereditarios de una orden de magos, que vive incontables aventuras en un maravilloso mundo paralelo, es una fantasía que apela sin ambages al delirio de grandeza que se incuba en el corazón de todos los niños (y de muchos de los no tanto). Pero la vena megalomaniaca de *Harry Potter* va más lejos todavía. Su protagonista no sólo resulta ser mago, sino un megamago, que se encuentra en el centro mismo de una batalla de proporciones cósmicas entre el bien y el mal. De la noche a la mañana, Harry, huérfano arrimado en la insufrible mediocridad suburbana de la casa de sus tíos, debilucho y miope, víctima cotidiana de las dagas brutales de su primo Dudley, pasa de ser una especie de *Cenicento* a saberse el único brujo que ha resistido jamás un ataque directo del terrorífico archivillano Lord Voldemort. A partir de ese punto, la acción prosigue sin freno a través de una sucesión incesante de revelaciones asombrosas, apariciones providenciales, enigmas, sortilegios, reverses y transfiguraciones. Harry llega a Hogwarts, la escuela de brujería, donde descubrimos que el mundo de la magia no está compuesto, después de todo, por un círculo

silencioso y grave de viejitos de barbas blancas y mujeres gordas con verrugas en las narices. Es, por el contrario, un lugar notablemente parecido al mundo real y regido como éste por consideraciones de estatus y de prestigio, por espejismos comerciales, por cálculos políticos e inercias burocráticas, por alianzas, odios, intrigas y vanidades. El tinte exótico que lo distingue del mundo real sólo sirve para reforzar esa similitud sorprendente. Este acertado contrapunto de lo descomunal con lo cotidiano y de lo ancestral con lo futurista, es uno de los principales aciertos de Rowling, quien suple su relativa falta de originalidad con un virtuosismo innegable para el pastiche. Sus talentos no son los del demiurgo, sino los del anticuario, o más precisamente, los del chacharero. Por sus páginas desfilan un torrente incesante de personajes insólitos, artefactos prodigiosos y monstruos descomunales. Algunos son brillantes ocurrencias propias, otros han sido pirateados sin recato de las más diversas fuentes. Todos están adaptados a la sensibilidad de nuestros tiempos y compuestos en arreglos inesperados que consiguen conformar un mundo propio. Hay un tono personal en el lenguaje y un manejo notable del ritmo, que resultan en un ejercicio pulcro, aunque no realmente extraordinario, de los recursos convencionales del género policiaco que componen la médula de sus historias. La trama avanza impulsada a cada paso por la sorpresa, y si los niños esperan con tanta ansiedad la siguiente entrega es porque les urge conocer las novedades: los nuevos artificios, las nuevas pociones, los nuevos villanos. Se trata de libros eminentemente visuales, que funcionan a la manera de películas escritas. La deuda de Rowling con el cine de acción contemporáneo es patente en cada una de sus páginas y se manifiesta por encima de todo en la dinámica de sus escenas. Estos brujos no se limitan a convertir príncipes en sapos, sino que vuelan a toda velocidad en escobas último modelo, sostienen relampagueantes duelos con sus varas mágicas, luchan a muerte con otros seres sobre-

naturales y utilizan toda suerte de *gadgets* inusitados, que más que al ámbito medievalesco de Hogwarts parecerían pertenecer a los espacios hipertecnológicos de *Spy Kids*. Igualmente directa es la simplicidad moral de sus personajes: Voldemort es malo, Dumbledore es bueno; Ron y Hermione son los amigos ultraleales; Hagrid es el gigante estúpido y noble; Snape es el profesor abusivo y amargado; los aristocráticos Malfoy son petulantes y crueles; los clasemedios Weasley son querendones y solidarios; el equipo de Quidditch de Harry gana siempre.

Quienes deploran que la atención literaria de los niños esté ocupada por este producto de calidad incierta deberían consolarse con la certeza de que, si no estuvieran leyendo *Harry Potter*, lo más probable es que todos esos pares de ojitos estarían fijos en alguna pantalla. La mayoría de los niños que leen *Harry Potter* no están dejando de leer por ello *Alicia en el país de las maravillas*, simplemente le están robando algunas horas a su videojuego favorito. Mientras siga vendiendo millones, el hipotético valor literario de *Harry Potter* continuará siendo objeto de airadas disputas. Obviamente, Harold Bloom va a concluir que se trata de una porquería, pero es como si ponemos al crítico de música clásica del *New York Times* a reseñar los discos de Christina Aguilera. Tal vez la factura cumplidora de Rowling no corresponda con lo que cabe exigirle a una pluma verdaderamente virtuosa, pero se encuentra muy por encima de los estándares mercenarios de la literatura chatarra. Y visto sin apasionamientos, más de un libro sólidamente inscrito en el canon tampoco pasa de ahí.

Por lo pronto, *Harry Potter* parece haber alcanzado un estatus icónico que lo pone a salvo de cualquier ataque significativo. Las reseñas del último libro en los principales medios han sido unánimemente amables. Hemos llegado al punto en que estar en contra de *Harry Potter* es como estar en contra de los valores mismos que definen la infancia. Hasta los grupos cristianos que lo combatieron con furor en un principio,

sobre la base de que toda promoción de la brujería es cosa satánica, han preferido (con excepciones) apuntar sus cañones contra objetivos más vulnerables. El éxito arrollador de *Harry Potter* se inscribe en una tendencia que ha transformado radicalmente nuestra percepción de la infancia en las últimas décadas. Al igual que su protagonista, los niños en general están dejando de ser vistos como entes subordinados y pasivos para convertirse en agentes independientes y activos. Si en las fábulas del pasado solían ejercer su iniciativa a espaldas o aun en contra de la voluntad adulta, hoy es cada vez más común que lo hagan alentados por ella. Como todo en nuestros días, este cambio de actitudes encuentra su expresión más convincente en los metálicos pasillos del mercado. El poder más discernible que la juventud parece haber adquirido hasta ahora es el de comprar en cantidades inéditas la catarata de nuevos productos que la sociedad de consumo se obstina en venderle.

En el primer *Harry Potter*, Rowling describe el insólito Espejo de Erised, en el cual se refleja el más caro anhelo de cada persona. Dumbledore advierte a Harry sobre la naturaleza adictiva del espejo y lo previene contra sus peligros: "... este espejo no puede ofrecernos ni conocimiento ni verdad. Hay quienes se han consumido frente a él, cautivados por sus visiones, o se han vuelto locos, incapaces de saber si lo que les muestra es real o siquiera posible". Como metáfora del complejo sistema de ilusiones prefabricadas en que vivimos inmersos, el espejo es una imagen certera. Me pregunto si Rowling llegó a prever que su obra y su persona llegarían a convertirse en uno más de sus resplandecientes embrujos. —

— HÉCTOR TOLEDANO

CIUDAD

Villa Marx

Habría sido la fascinación por lo invisible lo que, hace ya unos años, me llevó a buscar un sal-

voconduco hacia una de las ciudades interiores más sorprendentes de la ciudad de México: El Molino, el gueto del Frente Popular Francisco Villa, en Tlalpan. La idea de que existiera un cinturón de campamentos en catorce de las dieciséis delegaciones, con más de veinte mil familias, dirigido desde una ciudad amurallada asentada en un terreno ecológico en el *deep south* mexicana se me congeló en la memoria, cuando las enormes rejas del villismo se abrieron tras explicaciones, nombres, quizás un par de mentiras. Nadie entra al Molino si no es con una autorización del Comité Político del Frente, un organismo de dieciséis miembros, nueve de los cuales contaban en esos días con órdenes de aprehensión. Uno de ellos con mejor apodo que nombre, “El Frijol”, José Jiménez, me repitió desde el techo de las oficinas centrales: “No estás hablando conmigo. Yo no estoy aquí. Ando clandestino.” Hace un año lo vi en la única sesión de diálogo entre los ejidatarios antiaeropuerto de San Salvador Atenco y el gobierno federal. Era asesor, ya no un fantasma.

Vista desde arriba, la ciudad interna de los panchos villas es claramente un mecanismo de movilización política, movilidad social y patrimonialismo: de un lado, un área de cientos de hectáreas llenas de techos de cartón y lámina ennegrecida con chapopote, y andadores de tierra de no más de cinco metros de ancho por donde caminan miles, y del otro lado, enormes edificios de tabique rojizo, con las efigies del Che, Marx Engels y Ho-Chi-Min. Después de acumular una serie de puntos –número de movilizaciones, tequios, cuotas–, una familia de la zona de cartón puede acceder a uno de los sólidos departamentos. Cada casa de cartón, a la que todo adherente tiene derecho, es de seis por cinco metros. Los departamentos en el aire, de cuarenta metros cuadrados. La cartonlandia mira su propio futuro todas las mañanas y se apresta para la marcha, el plantón, la cuota semanal de veinte pesos, la negociación de una situación menos precaria. A pesar de

que todos están asentados en terrenos ecológicos o predios propiedad del gobierno, la genialidad del villismo urbano es que puede exhibir a los recién llegados el futuro por el que deben trabajar y les da, de entrada, una región que, si bien es un terrenal, está a salvo del resto de la ciudad. En El Molino, las murallas de metal que cercan a los villistas están custodiadas día y noche por guardias del asentamiento, “la velada” por las noches mantiene afuera a la delincuencia. Si un vecino llega ebrio, se lo escolta hasta su módulo; si resulta que nadie lo conoce o la familia no quiere convivir esa noche con él, se lo echa de la ciudad interna. Una enorme torre de vigilancia con un sonido potente, en el centro de todo, como en las prisiones, le da al Comité una visión adelantada de alguna posible incursión de la policía. Fue desde ahí donde “El Frijol” vio a un grupo de policías intentar rodearlos la noche que los I,III zapatistas se quedaron a dormir para las sesiones de la primera fundación del Frente Zapatista.

–Los muchachos se organizaron y se pusieron a dar vueltas con antorchas alrededor de la barda, por dentro. La policía vio eso y se retiró.

–¿Sólo con antorchas? –le digo–. ¿No habrán sacado armas?

–Aquí no hay armas. Es la leyenda negra del villismo. No las necesitamos. Quizás “El Frijol” no mienta. La ciudad interna del villismo urbano son miles dispuestos a dar todo por permanecer aquí. Son los desechados del FOVISSSTE, INFONAVIT y FONAPO, los que no llegan a crédito de vivienda alguno por no contar con empleos fijos o salarios suficientes. Llegaron y nadie los recibió, dándolos por perdidos en una ciudad en la que los inmigrantes siempre se han perdido. Fueron invisibles para el poder, excedentes, inayudables, sacrificables, y se hicieron numerosos y sólidos: tienen una tienda de abasto popular, una biblioteca, la escuela, que abarca desde la alfabetización hasta la preparatoria –mezcla entre saberes establecidos y consignas ideológicas–, el Centro Urbano de Educación Permanente

“Carlos Marx”, una organización por módulos, faenas voluntarias para hacer los edificios, vigilancia interna, limpieza por turnos, y a cien mil personas que pueden movilizarse en menos de tres horas. Dentro de sus miles de casas de cartón están tan a salvo como en cualquiera de las ciudades internas de la ciudad inabarcable.

El origen de los villistas está, como muchos otros de la historia reciente del país, en la huelga de los estudiantes de la UNAM en 1987. Un año después, dos mil familias llegaron con sus tiendas de campaña, provenientes del desalojo de Lomas del Seminario, a vivir a los jardines de la Biblioteca Central, “Las Islas” de la UNAM. Estuvieron ahí un mes, entre el futbolito de los que ya se fueron a extraordinario y la parejita más allá del historial académico, hasta que les prometieron que tendrían un nuevo asentamiento. Al no recibirlo, invadieron El Molino, a un costado del Canal de Cuernavaca. Ahí, su dirigente original, Elí Homero Aguilar, estudiante de la corriente radical de Ciencias Políticas, fue detenido. Ahí, cuando los priistas asentados al lado, también ilegalmente, le prendieron fuego a cien casas de cartón con chapopote, la policía impidió que sacaran agua del Canal y ellos, amurallados, no permitieron la entrada de los bomberos. Hasta ahí llegué unas horas, indebidamente sorprendido de que los niños tuvieran como canción el “Zapata vive, la lucha sigue”, asombrado sin razón por constatar que la ciudad de México tenía una ciudad marxista en su interior, desconcertado porque veinte mil familias vivían así, invisibles para las avenidas que los circundan, refugiados en una comuna de perros.

Ese día, ahora lo recuerdo, había fiesta en El Molino: un aniversario de la muerte del Che Guevara y mucho Carlos Puebla en el sonido. Salimos ya de noche, nos escoltaron, y el jefe de prensa, alguien convenientemente llamado Alfredo Burgos, me advirtió sobre lo que esperaba que yo escribiera. Fue en ese instante cuando decidí que jamás había estado ahí. –

– FABRIZIO MEJÍA MADRID